

no podían lograr con mejores artes la ventaja. Si algun Caudillo valeroso de la parte contraria los llevaba de vencida, con promesas magnificas disponian, que algun infiel domestico le matase, como hicieron con Viriato, y con Sertorio. Si se veían debaxo de la cuchilla enemiga en la constitucion fatal de perder todo el Exército, se humillaban como los hombres mas apocados del mundo, pidiendo, y aceptando qualesquiera condiciones, por ignominiosas que fuesen; pero no bien salian del ahogo, quando faltando vilmente à todo lo pactado, y atropellando la Religion del juramento, repetían la guerra. Esto hicieron dos veces con Numancia; y esto habian hecho antes con los Samnites, quando estos, pudiendo degollar todo el Exército Romano, y acabar de un golpe con aquella ambiciosa República, le dexaron salir de las Horcas Caudinas, donde le tenian cogido como en una ratonera. Si Poncio, gallardo General de los Samnites, hubiera usado entonces de su derecho, no solo no se haría Roma Señora del Orbe, mas ni aun quedaría memoria de Roma; ò quando quedase alguna, solo sería para oprobrio suyo, representandonos à los Samnites como unos gloriosos bienhechores de la Italia en la extirpacion de una República ambiciosa, perrurbadora de todos sus vecinos, y enemiga del comun sosiego.

§. IX.

32 **P**ERO aún queda (se me dirá) dilatado campo à la gloria de los Romanos en tantas empresas, cuya felicidad, sin intervencion de la truycion, ò mala fé, solo se debió à su constancia, valor, y pericia militar. Hayan sido en algunas ocasiones alevosos, y pérfidos; pero cómo podrá negarse, que fueron los mas illustres guerreros del Orbe los que de los angostos limites de su primer establecimiento, con la punta de la espada se fueron abriendo campo hasta hacerse dueños de Europa, y Asia?

33 La causa mas universal de los errores comunes es, que los mas de los hombres no pasan con el discurso mas allá de la superficie de las cosas. Yo estoy tan lexos de asen-

tir

tir à las ventajas del valor Romano sobre las demás Naciones del mundo, que vivo persuadido à que qualquiera de estas hubiera hecho todo lo que hicieron los Romanos, puesta en las mismas circunstancias. Parecerá una estraña paradoxa, si digo que la conquista del Orbe, en la forma que los Romanos la lograron, fue una cosa facilisima, que solo pedia de parte de los executores ambicion, y tiempo; pero no manos, ni valor. Sin embargo lo digo, y lo demostraré con muy pocos rasgos de pluma.

34 Notese, que nunca los Romanos combatieron Potencia superior, ni aun igual à la suya. Desde los principios fueron ganando tierra poco à poco, empeñandose con tal tiento, que nunca provocaban sino à quien consideraban con inferiores fuerzas. Asi tardaron poco mas, ò menos de quinientos años en dominar à toda Italia. Acometieron luego à Sicilia, inferior (yá se vé) al poder unido de toda Italia. Y se añadió à favor de los Romanos el tener partido dentro de la Isla en los Mamertinos. Sucedió la primera guerra Punica. No igualaba, ni con mucho, segun todas las apariencias, la Potencia de Cartago à la de Roma. Sin embargo, vencieron varias veces los Cartaginenses à los Romanos; y es creíble que acabarían con ellos, si no hubieran despedido, y aun quitado alevosamente la vida al valeroso General Xantippo. Fueron despues invadiendo Provincia por Provincia, yá los Lugares, yá los Insubres, yá los Ilyricos, y asi à todos los demás, aumentando siempre sus fuerzas à costa de pequeños, y débiles enemigos, porque los iban cogiendo separados. A la rudeza de aquellos tiempos debieron todas sus conquistas. Estabase quieta esta Provincia, quando veía arder la comarcana, sin prevenir, que dentro de poco se habia de introducir en sus entrañas aumentado de nuevas fuerzas el incendio. Con estas conquistas, cada una por sí pequeña, y facil, se fueron engrosando de modo, que quando llegó el caso de la segunda guerra Punica yá era formidable el poder Romano, y con grandes ventajas superior al Cartaginés. ¿Qué mucho que destruyesen aquella República? Ni qué era menester un he-

roe

roe grande (qual pintan à su Scipion) para tan facil empresa? A la expugnacion de Cartago sucedió el empeño de rendir à nuestra Península, cuya reduccion, bien lexos de contribuir algo à la vanidad Romana, se puede considerar como su mayor ignominia, no solo por las infamias, que, como vimos ya, executaron en varias ocasiones, mas tambien por el gran coste que les tuvo cada palmo de tierra. Cada pequeña Provincia les hizo tanta resistencia, como si estuviesen las dos fuerzas en equilibrio. Asi tardaron no menos que docientos años en conquistar à España. ¡ Qué afrenta para los Romanos, y qué gloria para los Españoles, que en cada partido, ò pequeña Provincia, congregandose el rudo Paysanage, años enteros hiciese frente à las disciplinadas Tropas Romanas, comandadas por sus mas escogidos Caudillos! No es esto lo mas, sino que llegó tiempo en que no habia en Roma quien quisiese cargarse de la guerra de España. Tan aterrados tenían à los Romanos nuestros valerosos Españoles. Quien no me creyere à mi, lea lo en Tito Livio, decad. 3, lib. 6.

§. X.

35 **E**N fin fueron menester para acabar de conquistar à España dos Emperadores. ¿ Pero quales? Julio Cesar, y Octaviano Augusto: El uno el mayor guerrero del mundo, el otro el hombre mas feliz, y prudente de quantos ocuparon el Solio. Menos fatiga le costó à Cesar vencer al gran Pompeyo en Grecia, que à su hijo Créyo Pompeyo en España. Mayor Soldado sin comparacion alguna era el padre, que el hijo: pero mandaba el padre Tropas Romanas; el hijo Españolas. Nunca se vió en peligro igual Cesar, que en la famosa batalla de Munda. Nunca el Ejército de Cesar estuvo resuelto à huír (y ya empezaba à executarlo), sino entonces. Debió Cesar todas las demás victorias que tuvo, ya à su valor, ya à su pericia; esta à su desesperacion. Viendo retroceder amedrentado todo aquel grande cuerpo de Tropas, hasta entonces juzgadas invencibles, por lo menos siempre victoriosas, voló à co-

locarse delante de la primera fila, donde dexando el caballo, y resuelto à morir, el peligro del Emperador excitó la vergüenza del Exercito; y la vergüenza, dando impetuoso movimiento à la sangre, que tenia helada el susto, hizo mas de lo que pudiera hacer el valor.

36 Con todos los triunfos del Cesar aún le quedó en España bastante que hacer à Augusto. A este Emperador, por tantos titulos grande; pues se unieron en él suma prudencia, suma felicidad, y sumo poder, resistieron por algun tiempo los feroces Montañeses de la Cantabria: donde no debo ocultar una singularísima gloria del País que habito; y es, que los ultimos que se rindieron fueron los Asturianos. Dicelo con expresion Lucio Floro, lib. 4, cap. 123 donde despues de referir como el Ejército Romano los sorprendió quando no le esperaban, y que sin embargo fue muy sangriento el combate, concluye con que éste fue el termino de todas las guerras de Augusto: *Hic finis Augusti bellicorum certaminum fuit.* Disputen ahora norabuena (como lo hacen algunos) à los Asturianos, si esta Provincia fue comprehendida, ò no en la antigua Cantabria. Para nada han menester los Asturianos esa gloria. Si fueron Cantabros, fueron los mas valientes de los Cantabros; sino fueron Cantabros, fueron mas valientes que los Cantabros, pues rendidos ya estos, aún mantenian la guerra aquellos.

§. XI.

37 **L**A rendicion de España, que parece habia de eclipsar sus glorias, le abrió campo para sus mayores lucimientos. Nunca diera España Emperadores à Roma, si Roma no hubiera hecho antes à España Provincia suya. Dió, digo, España Emperadores à Roma. ¿ Pero que Emperadores? Tales, que fueron honra de España, y de Roma: un Trajano, un Adpiano, un Theodosio, todos tres insignes guerreros, à que añadieron el resplandor de otras muchas virtudes. Trajano no careció de vicios personales; pero nadie le niega todas las qualidades de un gran Principe en el grado mas eminente. Dió con sus innumerables victo-

rias mucho mayor extension à los terminos del Imperio Romano: fue verdadero Padre del Pueblo: ninguno construyó tantos edificios públicos. La clemencia, y la justicia, virtudes, que casi todos sus antecesores, desde la muerte de Augusto, habian desterrado de Roma, fueron por él revocadas como en triunfo. En fin, fue tal, que despues de él, en la inauguracion de los Emperadores, los votos públicos del Pueblo eran, que los Dioses les diesen la felicidad de Augusto, y la bondad de Trajano.

38 Adriano fue especialmente recomendable por su continua aplicacion al gobierno, à quien sacrificó su sosiego, y su salud, quebrantando ésta en tantas jornadas como hizo por visitar todas las Provincias del Imperio: de modo, que de veinte años, que reynó, apenas reservó dos, ó tres para vivir con alguna quietud dentro de Roma. Fue hombre de admirable comprehension, pues entre tantas ocupaciones políticas, y militares, se hizo lugar para adornar el espíritu con el conocimiento de varias Artes, y Ciencias. Era muy buen Poeta, Pintor, Escultor, Medico, Geometra, Astrologo, é insigne Arquitecto.

39 Theodosio el Grande fue tan grande, que todo elogio le viene corto. ¿Qué Principe tan cabalmente perfecto! Gran Capitan, magnanimo, clemente, justiciero, liberal, religioso, afable, sobrio. En fin, ¿qué virtud hay que no brillase en él en un grado eminente? Perdonen todos los demás que ocuparon el Solio, aunque entren el Gran Constantino, y el Gran Carlos: en ninguno halló un todo tan cumplido como en Theodosio: à Constantino no le faltaron graves manchas: favoreció no poco los Arrianos, nimiamente crédulo à sus hypocresías; de modo, que no faltan quienes opinen que profesó, y murió en aquella errada creencia. Aun en el gobierno civil degeneró mucho de sí mismo en los ultimos años, dexandose llevar al impulso de injustos, y avaros Ministros. De Carlo Magno es innegable, que con todas las excelencias propias de un gran Principe mezcló muchas fragilidades de hombre. En vano han pretendido algunos explicar en buen sentido las cinco concubinas, que

se cuenta su Secretario, y Historiador Eginardo.

40 ¿Pero qué se podrá oponer al Gran Theodosio? Solo un raptó de colera, una deliberacion violenta, concebida en el ardor de la ira, quando irritado de que hubiesen muerto à un Lugar-Teniente General suyo en un tumulto popular de Thesalonica, entregó aquella Ciudad al furor de los Soldados, los quales hicieron en ella un horrible estrago, degollando algunos millares de personas. Este es el unico lunar, que se encuentra en la vida de Theodosio: grande à la verdad, si se mide abulto; pero debe descontarse al rigor del castigo todo lo que de parte del Principe faltó de prevision en orden al daño, siendo muy verisimil, que no esperase execucion tan sangrienta. Debe tambien rebaxarse à la culpa otro tanto como la ira robó de advertencia al discurso. En fin, este delito, como quiera que se mida, dió ocasionalmente à conocer toda la grandeza del espíritu de Theodosio, motivando la mas gloriosa penitencia, la mas heroyca humildad, que jamás se vió en Principe alguno. ¿Quando se esperó, ni aun creyó posible, que no digo ya el dueño Augusto de todo el Imperio Romano, mas aun qualquiera que poseyese en soberania quatro palmos de terreno, no solo tolerase, que un Obispo le corrigiese delante de todo el Pueblo, mas tambien se rindiese à su sentencia para abstenerse de entrar en la Iglesia, y para hacer penitencia pública?

41 Miren este grande exemplo aquellos desnaturalizados políticos, que de los Principes quieren hacer, no solo Deidades, sino Deidades crueles: no solo idolos, sino idolos, como el de Saturno, que no se saciaba de humanas victimas. ¿Quántos Estadistas se hallarán, no solo entre los barbaros de Asia, ó Africa, mas aun en las mas cultas Cortes de Europa, à quienes si se les propone un desacato contra la Magestad, semejante al que se cometió en Thesalonica, resolverán como castigo proporcionado, que se lleve à sangre, y fuego todo el Pueblo? Que no se haga distincion entre el culpado, y el inocente? Que no quede piedra sobre piedra en la Ciudad tumultuante? Dirán que toda esta

satisfacción pide el ultrage de la Corona. No llegó à tanto el rigor de Theodosio, y lo lloró como gravissima culpa. ¡O sangre humana, que licor tan vil eres para los que no tienen mas Religion que la politica!

42 Habiendo sido nuestro Theodosio por tantos capítulos plausible, lo que obró por la Religion Catholica constituye su mayor gloria; pues quanto hizo en esta parte el Gran Constantino se puede decir, que es menos que lo que hizo Theodosio. Aquel empezó la grande obra de destruir el Paganismo, éste la perficionó. Hizo aquel mucho, pero mucho dexó por hacer; y de lo mismo que hizo, lo mas fue deshecho por el Apostata Juliano, que sucedió en el Imperio à Constantio, hijo de Constantino; de modo, que quando Theodosio se ciñó la Diadema, halló reynante la idolatría; y quando salió de este mundo à recibir la corona del Cielo, la dexó, no solo abatida, sino totalmente arruinada. Fue, pues, un Español el instrumento de que se sirvió la mano Omnipotente para arrasar todos los Templos del Paganismo.

§. XII.

43 **P**ues con ocasion de Theodosio hemos tocado en la mayor gloria de España; esto es, el influxo que tuvo nuestra Nación en el establecimiento de la Fé Catholica, razón es detenernos algo en un asunto, que constituye la suprema honra de los Españoles.

44 Admirable es sin duda el cuidado, que puso la Providencia Divina en la conversion de España à la Religion verdadera. Con estár esta Península en los ultimos fines de la tierra, y tan distante de Palestina, dos Apostoles destinó para su conversion, Santiago el Mayor, y San Pablo. De la venida del primero yá no se puede dudar razonablemente despues de tantos, y tan doctos escritos como la han comprobado. La del segundo está asegurada con los superiores testimonios de San Athanasio, San Cyrilo Jerosolymitano, San Epifanio, San Juan Chrysostomo, Theodoro, San Geronymo, y San Gregorio el Grande. Vease Natal Alexandro en el tercer Tomo de la Historia Eclesiás-

tica, donde eruditamente prueba este asunto, y satisface à las objeciones contrarias.

45 El esmero del dueño de esta viña en su cultivo es argumento de que habia de sacar de ella copiosissimo fruto. ¿Quién beneficia con especial aplicacion un terreno estéril, que sabe ha de corresponder à su fatiga con una cortisima cosecha? Dos Apostóles, y Apostóles tan grandes, empleados, por Mision Divina, en plantar la Fé Catholica en España, muestran que España abultaba mucho en la soberana mente, como quien habia de servir sobre todas las demás Naciones à la exaltacion de la Fé Catholica.

46 En los tres primeros siglos de la Iglesia, quando los Christianos no tenían otros Templos que las cavernas mas obscuras, ni otras imagenes de Dios, y de sus Santos, que las que traían grabadas en sus corazones, porque el furor de los Emperadores Gentiles no permitia otros Templos, ni otros simulacros, que los de sus falsas Deidades, entonces tenía España, segun nos enseña la piadosa tradicion, Templo, y simulacro consagrados à la Virgen Maria, Señora nuestra, no retirados entre algunos escarpados cerros, sino patentes à todo el mundo en la insigne Ciudad de Zaragoza. Oponen à esta tradicion los Estrangeros, que no es verisimil, que gobernando en España los idolatras Romanos, permitiesen aquel monumento público de nuestro culto. Pero esto, quando mas, probará, que ni el Templo, ni la imagen pudieron subsistir sin especial proteccion del Cielo. ¿Y por dónde, pregunto, se hace ésta increíble? Por qué entre tantos millares de prodigios como Dios obró en la grande empresa de desterrar del mundo la idolatría, no podrémos asentir à que hizo uno continuado por tres siglos, à fin de mantener el Templo, è imagen del Pilar? Si para dár prudente asenso à un milagro no basta el testimonio de la tradicion, será preciso condenar como fabulosos casi todos quantos se hallan escritos en las Historias Eclesiásticas. Si la valiente fé de una alma sola basta para recavar de la divina piedad un prodigio; ¿por qué, en atencion à tantos millares de fervorosissimos espíritus como se debe creer de-

xaria en España la predicacion de los Apostóles, no haría Dios el de conservar para su consuelo el Templo, è imagen de Zaragoza?

47 Correspondió España à tan señalado favor con su constancia en la Fé, por la qual ofreció à Dios innumerables preciosas victimas en tantos insignes Martyres como la ilustraron, cuya gloriosa multitud excede à todo guarismo. Un Monasterio solo de San Benito (el de Cerdeña) dió de una vez doscientos. Una Ciudad sola (la de Zaragoza) dá con justicia à los suyos el epiteto de innumerables. La calidad no fué inferior à la cantidad, pues entre los Martyres Españoles no pocos se descuellan como Estrellas de primera magnitud del Cielo de la Iglesia. Diganlo un Lorenzo, y un Vicente, à quienes la Iglesia, en las deprecaciones públicas, prefiere à todos despues del Proro-Martyr Esteban: Una Eulalia, y un Pelayo, que en la edad mas tierna lograron el triunfo mas alto: hermosas flores, que de candidas hizo el cuchillo purpuras, y fueron tanto mas Martyres quanto padecieron mas niños; siendo cierto, que hace mayor sacrificio, quien anticipandose en temprana edad la muerte, se corta por Dios mayor porcion de vida.

§. XIII.

48 **N**O sirvió menos España à la Religion con la doctrina, que con el exemplo. A los primeros amargos de la sangrienta persecucion de Diocleciano se congregaron nuestros Obispos en el Concilio Iliberitano, cuyos Canones, destinados à la observancia de la mas severa disciplina, y à la confirmacion de los Fieles contra el rigor de los edictos Imperiales, admitió, y aprobó la Iglesia. Presidió en este Concilio el grande Osio, Obispo de Cordoba, cuya virtud, y erudicion se descolló tanto en los reynados de Constantino, y de Constancio, que fue mirado como el mas illustre Campeon de la Iglesia contra los portentosos esfuerzos de la heregía Arriana. Este es aquel à quien San Athanasio con veneracion reconoce por su gran Patrono, à quien apellida *el grande Osio*, à quien llama *Pa-*
dre.

dre de los Obispos, Principe de los Concilios, y Terror de los Hereges. Pudiera España gloriarse de haber servido mucho à la Iglesia, aun quando no hubiera hecho mas que lo que hizo por medio de este nobilissimo hijo suyo. Presidió Osio no menos que quatro Concilios, el Iliberitano, de que hemos hablado, el Alexandrino primero, el General Niceno primero, y el Sardicense. Por esto le dió San Athanasio el singularissimo atributo de *Principe de los Concilios*. En el Niceno, donde presidió en nombre de San Silvestre, Pontifice Máximo, à él solo fió la Iglesia, y él solo compuso el famoso Symbolo donde está recapitulada toda la sana, y catholica doctrina.

49 Flaquéó Osio (no lo disimulemos): flaquéó Osio al fin de sus dias, subscribiendo à una confesion de Fé compuesta por los Arrianos. Disculpanle los Escritores Eclesiásticos con el quebranto de sus fuerzas, porque tenia cien años, ò muy cerca de ellos, quando las amenazas, rigores, y malos tratamientos del Emperador Constancio le reduxeron à aquella indignidad. Pero yo extraño, que en tan alta edad no se atribuya el deslíz antes à flaqueza de la razon, que à imbecilidad corporal. Esta disculpa es mucho mas verisimil, y verdaderamente disculpa. Es accidente rarissimo abandonar en la vejez la Religion que se profesó desde la infancia sin perder antes el juicio. Los viejos son muy tenaces de sus antiguas maximas. Quanto vá creciendo la edad, se vá aumentando el teson. Profundan mas, y mas sus raíces los dictámenes en el espíritu, del mismo modo que los vegetales en la tierra. No hace à los muy ancianos mudar creencia la fuerza del argumento, sino la extincion del discurso. El rigor de la persecucion tambien hace menos impresion en ellos, que en los juvenes, quando está fortificada la tolerancia con una larga costumbre de padecer, y resistir, como sucedió en Osio. Fuera de esto, mientras están capaces de alguna reflexion es naturalissimo ocurrirles, que es muy poco lo que la tyrania puede quitarles de vida, y de conveniencia. Asi el accidente de Osio se debe atribuir à una perfecta decrepitez, la qual sin milagro es casi insepa-

table de la edad centenaria. Acaso à aquel Venerable Eleazar, que à los noventa años sufrió constantemente la muerte por la Religión, si hubiera vivido diez mas, sucediera lo mismo que à Osio.

50 Debaxo de este supuesto subsiste ilesa la fama de tan gran Varon, aun quando fuese verdad lo que Marcelino, y Faustino, Cismaticos Sectarios de Lucifero Calaritano, citados por San Isidoro, esparcieron contra Osio; estos, que dos años, que vivió despues de la apostasia, permaneció tenaz en ella. Sea así por cierto. La decrepitez es una enfermedad de quien nadie convalece jamás, antes siempre vá creciendo. Si Osio desvarió à los cien años como decrepito, nada le faltaria para serlo, à quien esperase, que à los ciento y dos, revocado su antiguo juicio, conociese el yerro cometido. Sin embargo, algunos, que asienten à que Osio erró con conocimiento, aseguran su pública enmienda, y que à la hora de la muerte dexó como en testamento recomendada à todos los Fieles la detestacion de la Arriana perfidia. Como quiera que sea, los altos, y repetidos elogios, con que, aun despues de su muerte, le coronó San Athanasio, son prueba à lo menos de que fue santa la muerte, yá que no canonicen todas las acciones de su vida. Un desliz solo en cien años casi nada disminuye su gigante merito, à quien llenó todo el resto de gloriosimas acciones. ¿Qué proporcion hay del descuido de un instante à los servicios de un siglo?

§. XIV.

51 **E**L espíritu, y aplicacion de Osio en servir à la Iglesia, fueron heredados con grandes mejoras por otros muchos Prelados Españoles. La Religión sola de San Benito dió à España quatro excelsas constantes columnas de la Fé en San Leandro, San Isidoro de Sevilla, San Fulgencio, y San Ildefonso. Los innumerables Concilios de Toledo muestran claramente quanto era el ardor de nuestros Obispos en promover la disciplina Eclesiástica, y purgarla de todo genero de abusos; y el grande aprecio, que siempre hizo la Iglesia de aquellos Concilios, adoptando varios es-

tablecimientos suyos, califica la prudencia, y doctrina de los Padres, que los componian. La ereccion de Seminarios para educar la juventud destinada al Estado Eclesiastico, tuvo origen del Concilio Toledano segundo, de quien lo tomaron despues vários Concilios Provinciales, como el Vicense, Cabilonense, Turonense, y Aquisgranense; y en fin, el Concilio Tridentino lo hizo ley universal. En el Toledano tercero se ordenó decir el Symbolo Nizeno en la Misa, y de aqui se estendió à toda la Iglesia. Lo mismo sucedió con otras muchas saludables Ordenanzas de los Concilios Toledanos, hasta que con ocasion de la guerra de los Moros se interrumpieron por mas de seis siglos aquellas venerables Asambleas.

52 Pero el mismo motivo de la interrupcion sirvió à avivar el zelo de los Españoles por la Fé, y juntamente à hacer lucir su valor. España siempre admirable, fue mas admirable que nunca en aquel espacio de tiempo. Castigó Dios los desordenes de un Rey con las desdichas de toda la Nación; y de estas desdichas nacieron sus mayores glorias, habiendose con esta ocasion dignado el Cielo de abrir en nuestro terreno un amplisimo teatro de virtudes, y maravillas.

§. XV.

53 **N**unca puedo acordarme de la pérdida de España sin añadir al dolor de tan grande calamidad otro sentimiento, por la injusticia, que comunmente se hace al mas inculpable instrumento de ella. Hablo de la hija del Conde Don Julian, que violada por el Rey Don Rodrigo, participó la injuria à su padre; y no habiendo hecho mas que buscar este inocente desahogo à la afliccion que le reventaba el pecho, sin persuasion, ò influxo alguno de su parte, para que el Conde introduxese los Africanos en España, sobre ella cargan toda la culpa de nuestra ruina. ¡O feliz Lucrecia! O desdichada Florinda! ¿Qué hizo esta Española, que no hubiese hecho primero aquella Romana? Una, y otra recibieron la misma especie de injuria: una, y otra la revelaron: aquella al esposo: ésta al padre: una, y

otra deseaban la venganza, y que esta cayese sobre el Principe que habia hecho la ofensa. ¿Por qué, pues, es celebrada Lucrecia, y detestada Florinda? Solo porque el comun de los hombres, ni para el aplauso, ni para el vituperio considera las acciones en sí mismas, sino en sus accidentales resultas. Fue saludable à Roma la quexa de Lucrecia: fue funesta à España la de Florinda. Pero del bien, y el mal fueron Autores unicos el esposo de una, y el padre de otra, sin intervencion, ni aun prevision de las dos damas. Y aun el que la venganza fuese fatal para una República, y util para otra, dependió menos del designio de los Autores, que de las circunstancias, y positura de las cosas. Es cierto, que si el Conde Don Julian hallase en los Españoles, para cooperar à su desagravio, toda la disposicion que Colatino halló en los Romanos, no se valdria para vengarse de Tropas forasteras. Y es creíble tambien, que el marido de Lucrecia no tropezaria en el escrupulo de socorrerse de alguna Potencia enemiga de Roma, no hallando en los suyos medio para desquitarse de la injuria. Espero me perdone el Lector esta breve digresion, por ser en defensa de una principal señora Española, à quien algunos porfiados maldicientes persiguen aun despues de la apologia, que por ella hice en el Discurso ultimo del primer Tomo.

§. XVI.

54 **V**olviendo al proposito, digo, que la pérdida de España dió ocasionalmente à España el supremo lustre. Sin tan fatal ruína no se logrará restauracion tan gloriosa. Quanta sangre derramó el cuchillo Agareno en estas Provincias, sirvió a fecundarlas de palmas, y laureles. Ninguna Nacion puede gloriarse de haber conseguido tantos triunfos en toda la larga carrera de los siglos, como la nuestra logró en ocho que se gastaron en la total expulsion de los Moros. No se recobró palmo de tierra, que no costase una hazaña. No se podia adelantar un paso, sin que las manos abriesen camino à los pies. No habia otra senda, que la que rompía la punta de la lanza. No habia movimiento sin

pe-

peligro; no habia peligro sin combate; y por el número de los combates se contaban las victorias. Verdad es, que interpuso la Omnipotencia muchas veces en nuestro favor extraordinarios auxilios. Pero ese es nuestro mayor blason. Tan unidos estaban los intereses del Cielo, y los de España, que en los mayores ahogos de España se explicaba como auxiliar suyo el Cielo. ¿Qué grandeza iguala à la de haber visto los Españoles à los dos celestes Campeones Santiago, y San Millán mezclados entre sus esquadras? Era el empeño de la guerra de España comun à la triunfante Milicia del Empyreo; porque juntandose en los Españoles los dos motivos del amor de la libertad, y el zelo por la Religion, quanto para sí ganaban de terreno, tanto aumentaban al Cielo de culto.

55 Pero en esta causa suya, y de los Españoles dispensaba Dios con sábia conducta sus asistencias extraordinarias; de modo, que quedaba mucho, y muy mucho que vencer à nuestras naturales fuerzas. Tomaba la Omnipotencia à cargo suyo, no las empresas comunes, ni aun las arduas, sino las imposibles, dexando à cuenta del valor Español todo aquello de que el humano esfuerzo es capaz. Milagros hacian los Españoles con el valor; y donde no alcanzaba el valor, obtenian de Dios otros milagros de superior orden con la Fé. Asi se llenó de maravillas todo aquel tiempo que fue menester para la total restauracion de España: de maravillas digo, yá del esfuerzo humano, yá de la virtud divina.

§. XVII.

56 **L**astima es, que los sucesos de aquellos siglos no quedasen delineados à la posteridad con alguna mayor especificacion. La obscura, ò imperfecta imagen, que nos resta de ellos, basta à representarnos, que todos los triunfos de los antiguos Heroes son muy inferiores à los que lograron nuestros Españoles. ¿Qué hazañas pueden Roma, ò Grecia poner en paralelo con las del Cid, y de Bernardo del Carpio? Quién duda, que en ocho siglos, en que apenas se dexaron las armas de la mano, y en que los Españo-

Aa 4

les

les se llevaban casi siempre en la punta de la lanza la victoria habria otros muchos famosísimos guerreros, poco, ó nada inferiores à los dos que hemos nombrado? Pero al paso que todos se ocupaban en dár asuntos grandes para la historia, ninguno pensaba en escribirla. Todos tomaban la espada, y ninguno la pluma. De aqui viene la escasez de noticias, que hoy lloramos. Y aun no es lo mas lamentable, que con muchos de nuestros ilustres Progenitores se haya sepultado la memoria de ellos, y de sus hazañas, por faltar Autores que la comunicasen; sino que haya hoy Autores que quieran borrar la memoria de algunos pocos, que por dicha especial se eximieron de aquel comun olvido.

57 Un Historiador Aragonés, que escribió el siglo pasado, dudó de la existencia del famoso Bernardo del Carpio, sin exponer algun fundamento para la duda: ni se juzgó que tenia otro, que cierto espíritu de emulacion, manifestado en várias partes de su Historia, que le inclinaba à cercenar parte de sus glorias à los Castellanos, para exaltar sobre estos à sus Aragoneses. Pero à mas se adelantó poco há un Historiador Castellano (el Doctor Don Juan de Ferreras); pues se atrevió à estampar resueltamente, que *no hubo tal Bernardo del Carpio en España*, sin mas motivo, que hallar mezcladas algunas fabulas en las hazañas de este Heroe, y algunas contradicciones en las várias noticias, que nos han quedado de él.

58 Debilísimo fundamento por cierto; pues con él mismo se podría negar la existencia de casi quantos hombres ilustres tuvo la antigüedad. ¿Quién ha habido, en cuyas acciones, y circunstancias concuerden, sin discrepancia alguna, todos los Autores? Qué hombre cuerdo negará (pongo por exemplo), que hubo en la Asia un Principe famoso por sus conquistas, llamado Cyro? Pues vé aqui, que en su Historia se han mezclado muchas mas fabulas, y contradicciones, que en la de Bernardo del Carpio. Es infinita la discrepancia, que hay entre las narraciones de Herodoto, y Xenofonte: y ni aquel, ni éste concuerdan en todo con alguno de los demás Autores, que escribieron del mismo Prin-

cipe. Si queremos saber cómo murió Cyro, en Herodoto hallamos, que pereció en una batalla contra Thomyris, Reyna de los Scytas: en Diodoro Siculo, que no fue muerto, sino prisionero en aquella batalla, y despues Thomyris le hizo crucificar: en Ctesias, que cayó atravesado de una saeta batallando contra los Dervicios, Pueblos vecinos de la Hircania: en Xenofonte, que murió en Persia de muerte natural. En fin, en otros, que pereció en una batalla naval contra los Samios. Añadese el que nadie duda, que Xenofonte introduxo muchas fabulas en la vida, que escribió de Cyro: que los mejores criticos convienen en que no está esento de ellas Herodoto, y que Ctesias es Autor sospechoso por muchos capitulos. ¿Será licito concluir de aqui, que Cyro es un Heroe fabuloso?

§. XVIII.

59 HE dicho que no usa el Doctor Ferreras de otro fundamento, que el expresado para negar la existencia de Bernardo del Carpio; porque aunque tambien aplica al asunto presente aquel casi transcendental argumento suyo, de que se sirve para negar innumerables hechos historicos; esto es, no hallarse la noticia en Autores Coetaneos, ó inmediatamente posteriores à los sucesos, esta prueba ha sido tantas veces concluyentemente rebatida sobre otros asuntos, que en el presente se debe reputar como ninguna. Sin embargo, yá que se ofreció la ocasion, diré algo sobre esta materia.

60 No se halla (arguye el Doctor Ferreras) noticia de Bernardo del Carpio en algun Autor, ó escrito anterior al Arzobispo Don Rodrigo, y à Don Lucas de Tuy: luego no hubo tal Bernardo. Consequencia infeliz! Para que ésta fuese buena, sería menester probar, que esa noticia anterior, no solo hoy no se halla, mas tampoco se hallaba quando aquellos dos Autores escribieron; y esto jamás podrá probarse: antes lo contrario se debe tener por moralmente cierto; porque de dos Escritores de tanta gravedad, y sabiduría, como todos los criticos reconocen en aquellos dos